

# Los indómitos de la montaña

Dino Buzzati

Traducción de Amelia Pérez de Villar



«Recuerdo la mañana de un lejanísimo septiembre, cuando por primera vez tomé contacto con los famosos Dolomitas. Yo tenía quince años y la montaña se me había metido ya muy dentro, casi como un amor obsesivo». Nacido en los Dolomitas, Dino Buzzati amó las montañas durante toda su vida. Valiente montañero, vivió las alturas de una manera especial y existencial convirtiéndolas en un elemento esencial de su arte: las montañas recorren con frecuencia sus novelas, sus cuentos y sus pinturas enigmáticas e incluso su prosa periodística, con razón considerada una obra literaria. En la presente antología se recopilan artículos, relatos y extractos de sus diarios, textos que nos ofrecen un retrato de la cambiante sociedad italiana entre los años treinta y setenta del pasado siglo a través de sus héroes y de algunas hazañas memorables, como la conquista del K2 o del Cervino. Sus escritos nos devuelven toda la magia de las grandes cimas a través de la pluma de un escritor que las amó como ningún otro.

## Prólogo

Recuerdo la mañana de un lejanísimo septiembre, cuando por primera vez tomé contacto con los famosos Dolomitas. Yo tenía quince años y la montaña se me había metido ya muy dentro, casi como un amor obsesivo. Resegone, Corni di Canzo y los Prealpes de mi querida Belluno habían sido suficientes para obrar el milagro. Después de interminables discusiones con mi madre conseguí el permiso y el dinero necesarios para abordar una escalada en serio... ¿En serio? ¡Pero si iba a hacer el Becco di Mezzodì, por encima de Cortina, por la vía normal! Figúrense... Ahora, cuando lo pienso, hasta me río.

Pero en aquel momento sentía una emoción inmensa. Cuántas noches me había quedado hasta tarde recorriendo con la guía de Berti una *croda*<sup>[1]</sup> tras otra, decenas de ellas, las más famosas, y escalándolas con la imaginación: ya conocía de memoria las vías de ataque, las lanchas, los rellanos, los canales, las crestas, las horquillas... Mi imaginación transformaba las rocas más insignificantes en vertiginosas obras arquitectónicas. La prosa de Berti, que incluso en las descripciones técnicas lograba representar las cimas como si fueran personajes de ficción, me hacía subir por paredes conocidas y temidas: había momentos en que la ilusión era tal, sentía tal miedo de aquellos abismos espantosos, que hasta me faltaba el aliento.

Naturalmente, iría con un guía: de no ser así mi madre nunca me habría dado permiso. En aquellos tiempos, ya remotos, el guía parecía el único custodio legítimo de las

montañas. Resultaba inconcebible afrontar aquellos peligros sin guía, al menos para un muchacho de buena familia como yo. El mío era un guía de viejo cuño que tendría ya cincuenta años y que –recuerdo– intentaba convencerme de que hasta los cincuenta años un hombre no alcanza su máximo potencial, cosa que a mí me dejaba pasmado. Él fue quien me propuso que comenzara por Becco del Mezzodì para abrir boca, porque tenía una subida breve y sin pasos complicados, y sin embargo era una ruta típica de los Dolomitas. Croda da Lago, que en la guía de Berti exhibía la fascinación de una severidad legendaria, quedaba reservada para el día siguiente.

Estaba tan impaciente que hice lo que pude por anticipar la partida. Era una mañana preciosa, sin una nube, y a las ocho ya estábamos en camino. Avanzábamos por el amplio sendero que lleva hasta la horquilla de Ambrizzola. La verdad es que podríamos haber salido después de mediodía, porque de todos modos nos sobraba tiempo.

¡Qué orgulloso estaba yo, que no era más que un chaval todavía, de contar con un guía! Seguramente presumí un rato ante los turistas que atestaban el refugio: en mi cabeza, algo arrogante y aventurera, cien veces más que un soldado de fortuna. El que iba con un guía participaba de su arrojo, se parecía a él y pertenecía a su mundo, aunque solo fuera por la comunión que se establece con la cuerda.

Hasta el asunto de la cuerda me emocionaba. Era algo que nunca había sentido. Al final del día, en el refugio, miraba a mi alrededor y compadecía en mi interior a todas aquellas larvas mediocres de turistas que se contentaban con ir de una cabaña a otra. Cuando entró mi guía y colgó de un gancho el rollo de cuerda, todas las miradas se volvieron hacia él –era la hora del almuerzo– y yo me sentí envidiado. La cuerda significaba vértigo, abismo, no sé cuántas cosas más, prohibidas y fascinantes. Durante toda la tarde me sentí envuelto en una curiosidad difusa, y hu-

bo uno que me preguntó: «Entonces, ¿hacéis cordada?». Yo le respondí que sí con fingido desdén, como si fuera para mí una antigua costumbre.

Solo había dos que no nos hicieron el menor caso: ni a mí, ni al guía, ni a la cuerda. Eran dos jóvenes –tendrían dieciocho o diecinueve años– ataviados de un modo bastante deslucido. Uno era muy flaco, con el rostro afilado y de una extraña vivacidad; el otro, todavía adolescente, macizo y musculoso. Recuerdo que estaban sentados a una mesa jugando al ajedrez. Cuando entramos el guía y yo fueron los únicos, repito, que no se giraron. ¿Es que nos habían visto por la ventana cuando entramos y lo habían hecho aposta para restarme satisfacción? Yo, estúpido perdido, experimenté un sentimiento de desprecio hacia ellos. Pensé que serían estudiantes que estaban de vacaciones: un par de empollones de esos que no tienen ni idea de picos, de escaladas ni de cuerdas; excluidos, en definitiva, de aquel paraíso en el que yo estaba a punto de entrar.

Pero a la mañana siguiente, temprano, cuando emprendíamos el ascenso a la horquilla de Ambrizzola, contemplaba el rollo de cuerda que el guía llevaba colgado en bandolera: se movía con un curioso vaivén que marcaba el ritmo de nuestro paso lento. Entonces me di cuenta de que venían tras nosotros dos que acababan de salir del refugio. Todavía estaban lejos, a unos quinientos metros de distancia, pero caminaban con un paso más vivo y, poco a poco, se iban acercando. Al final los reconocí: eran los dos estudiantes empollones que había visto la tarde anterior jugando al ajedrez.

Nos alcanzaron poco antes de la horquilla, en el lugar donde se abandona el largo sendero para iniciar el ataque por los taludes. «Buenos días». «Buenos días». Era un saludo normal entre gente que se encuentra por la montaña, cortesía que hoy, quién sabe por qué, se practica cada vez menos. Les pregunté:

—¿A dónde van?

El flaco hizo una señal con la cabeza.

—Allá arriba —dijo—. Al Becco.

Me quedé, lo confieso, un poco tocado. Que dos estudiantes, aunque fuesen mayores que yo, se permitiesen el lujo de intentar ellos solos el mismo ascenso que yo iba a hacer con un guía, una escalada que durante meses y meses había saboreado hasta el punto de convertirse casi en una obsesión, me mortificaba.

Lo extraño era que, aparentemente, no llevaban cuerda. O tal vez la llevaban escondida, dentro de una de aquellas dos enormes mochilas. No sé: no tuve valor para preguntárselo.

Entretanto nos adelantaron y se adentraron por un sendero apenas marcado que se podía entrever por el talud.

Pero en un momento dado abandonaron también ese remedo de vereda y giraron a la izquierda.

Entonces mi guía les gritó:

—¡Eh, chicos! ¡Tened en cuenta que el ataque está por este lado! —y señalaba el montón de piedras que teníamos sobre nosotros.

El segundo de los muchachos se giró entonces, respondiendo:

—Es que nosotros vamos a ir por la chimenea.

Y se alejó junto a su compañero.

Mi guía se encogió de hombros. Yo le pregunté:

—¿Qué chimenea? ¿La de Barbaria?

A fuerza de leer la guía de Berti me sabía de memoria todas las vías de los Dolomitas de Cortina.

—Menudas cabezas locas —respondió—. Te apuesto algo a que esta tarde tenemos que ir a buscarlos.

Así que aquellos dos chavales de aspecto inofensivo iban a intentar una escalada que hoy no impresiona a nadie, aunque no deja de ser un cuarto grado puro, pero que en aquel tiempo me parecía tabú.

Y allá arriba, por encima de nosotros, a mano izquierda, la negra hendidura que ascendía entre las paredes verticales desde la base hasta la cumbre con siniestra sinuosidad, con los bordes en extraplomo aquí y allá, exhibía por todas partes concavidades tenebrosas que parecían perderse en el corazón de la roca.

El gesto de aquellos dos muchachos me pareció un sinsentido: iban a acometer sin guía una escalada clásica y dura, de esas que al caer la noche se comentaban en los refugios con reverencia y respeto. Era un desafío presuntuoso, algo así como violar una regla o subvertir una ley.

Sentí rabia. ¡Si no eran más que dos novatos! Si me comparaba con ellos mi empeño parecía una empresa ridícula, una broma para señoritas. Y pensar que hasta poco antes había estado tan orgulloso de ello...

En mi corazón, que será abyecto pero es así, imaginé que aquellos dos, tras una breve cata de las rocas, se descornarían al caer patas arriba o que a la mitad de su ascenso se quedarían atrapados y habría que formar en Cortina una expedición para rescatarlos.

Al cabo de un rato coronamos la cima sin dificultad. Oíamos cada vez más cerca las voces de aquellos dos al otro lado, donde el abismo se hacía más profundo; al ver asomar el gorro rojo del delgaducho –seguido por su cara sonriente– por una suave brecha al borde del precipicio, me di cuenta de que mi rabia no era más que envidia. Y de repente me ocurrió algo que no me había sucedido nunca: me di cuenta de que subir por una pared o por un glaciar agarrado a una cuerda y protegido por un guía es algo muy hermoso, y que los guías, todos y cada uno de ellos, son hombres magníficos y dignos del máximo respeto; pero también vi que mientras uno lleva un guía delante, un guía tan fuerte y valiente que reduce al mínimo el riesgo de dejarse la piel, el alpinismo no se experimenta en toda su extensión, no proporciona al hombre todo lo que podría proporcionarle, y que el auténtico alpinismo

es confiar solo en las propias fuerzas, ir en pos de esas catedrales de rocas, de esos glaciares amenazadores e impenetrables, sin ayuda de nadie.

Hoy en día este desdén se ha atemperado. En aquellos tiempos –hablo de hace cuarenta años– entre el alpinismo con guía y el alpinismo sin guía había un abismo. Y los que iban sin guía –que, al menos entre nosotros, se contaban con los dedos de una mano– daban la impresión de ser jóvenes airados, rebeldes, subversivos, revolucionarios, chavales con la cabeza caliente, indómitos, chalados de los que había que mantenerse alejado.

A partir de aquel día los académicos –y mientras recorría las montañas me dio la impresión de que me cruzaba con varios– fueron para mí algo extraordinario e inalcanzable. Yo era un muchacho, estaba empezando, pero intuí con profundo disgusto que nunca, jamás, llegaría a tener tanta fuerza, tanta seguridad en mí mismo, tanta independencia, tanta energía moral, como para medirme con la montaña yo solo.

Después tuve la ocasión de conocer a alguno de esos académicos, con los que trabé amistad, y la fortuna de ir de escalada con ellos: escaladas bastante difíciles, por cierto. Y cuando al regresar nos preguntaban los guías qué habíamos hecho, siempre sacudían la cabeza ante la respuesta y yo me sentía feliz, con una felicidad ingenua. Pero me engañaba: escalaba con los académicos, pero no era uno de ellos. No era más que un huésped, un peso muerto. Mi relación con ellos era, en el fondo, la misma que había tenido con el guía.

He escalado unas cuantas montañas en mi vida. Por lo general, modestas. Pero las horas que me parecen más bellas y apasionantes en el recuerdo son, sin duda, las que me han hecho vivir, recorriendo fisuras, lanchas y aristas, mis amigos los académicos de Belluno.

Ahora que yo soy casi un viejo y aquellos amigos de entonces se han dispersado por aquí y por allá, o que ha-

ce tiempo que han dejado la montaña, ahora que regreso solo, de cuando en cuando, a mis *crode*, pero siempre bien protegido por una cuerda y por un paciente guía alpino certificado, se ha vuelto vivo y amargo el pesar de no haber tenido valor suficiente, de no haber sabido luchar en solitario, de no haberme empleado a fondo para poder ser como uno de ellos. O, al menos, parecido.

Ahora es demasiado tarde, pero al mirar atrás con melancolía entiendo cómo solo a ellos –al cabeza de cordada, a los guías, a los académicos y a aquellos que, sin tener una titulación reglada, pertenecen aún a esa intrépida familia– les ha revelado la montaña sus secretos más íntimos y mejor guardados: a ellos, y no a los infelices como yo, que han tenido miedo.

*De I cento anni del Cai,*  
Edizione Cai, Milán, 1963.

## Capítulo I

# Hombres

¿Ese corazón infatigable dejará un día, de pronto, de latir, en medio de una pendiente helada? ¿O será él quien tire la toalla de una vez y se quede en casa viviendo un amargo ocaso, rodeado de recuerdos felices?

*El incombustible Ghiglione perece en un accidente automovilístico*

## Tita Piaz

### **Piaz, el «rebelde» de los Dolomitas**

Tita Piaz ha conocido un trágico final, y no ha sido precipitándose desde una pared: ha encontrado la muerte al caer de una bicicleta, algo que podría sucederle a cualquier chiquillo. A quien no le haya conocido esto podría

parecerle una cruel ironía, pero da la sensación de que hasta en esa manera de acabar su vida, singularísima y genial, ha permanecido Piaz fiel a sí mismo. Ha procurado una última sorpresa –si bien es cierto que, en esta ocasión, ha sido una sorpresa dolorosa– a sus innumerables amigos y se ha rebelado, como hizo durante toda su existencia, contra las frases hechas, los convencionalismos y los lugares comunes que, posiblemente, habrían querido para él una muerte «en la belleza», despeñándose desde las Torres del Vajolet o bien en la cama de la vieja casa de Pera di Fassa, rodeado de los trofeos de sus gestas.

Decimos esto porque si Piaz fue, sin duda, uno de los mayores pioneros del alpinismo moderno sobre roca y uno de los mejores guías que la montaña haya conocido, su fama excepcional –incluso fuera del círculo de los escaladores– nace sobre todo de la desconcertante fascinación que provocaba su aspecto humano: generoso, heterodoxo, excéntrico, excesivo y muy noble. En comparación con él los guías alpinos de viejo cuño, clásicos, austeros y afables, parecían figuras casi descoloridas. Las mujeres de Pera comentaban en voz baja que tenía un pacto con el diablo, porque de otro modo no se podía explicar cómo volaba con tal temeridad sobre los extraplomos de las Torres del Vajolet, su reino indiscutible. Su perro se llamaba Satanás... Los «señores» ya no eran clientes a los que hubiera que tratar con respeto; ya no eran, en la primera subida, los *condottieri* de la empresa, los que la concebían e indicaban qué ruta seguir. El «señor» era él: él mandaba, él decidía la cima, el itinerario y la hora de salida. Y si a la cuerda se podía agarrar el ambicioso turista, era solo porque él era benévolo. Dedicaba la Punta Emma (enfrente de las Vajolet) a la ayudante de cocina de algún refugio; trataba de tú –y cubría de insolencias, si en los puntos complicados desistían de subir– a príncipes herederos y a ministros. A un archiduque de la casa de Habsburgo le gritó, mientras tiraba de la cuerda: «¡Arriba, rinoceronte!».

«¡Carroña, criatura infame, cabra!», berreaba a una señorita que se había quedado atrapada bajo el tristemente célebre paso de Winkler. Y a pesar de todo fue uno de los hombres más queridos: apartado e incluso perseguido por las autoridades (conocía al dedillo las prisiones de Cecco Beppe, de Vittorio Emanuele y de Hitler), era popularísimo entre los habitantes de los valles y los alpinistas de todo el mundo. Preuss, Guido Rey, los reyes Alberto y Leopoldo de Bélgica, Ugo de Amicis o Amadeo de Saboya-Aosta se mostraron orgullosos de ir con él en cordada.

A los cincuenta y tres años, tras haber ridiculizado a «superhombres de sexto grado» capaces de superar los extraplomos más insensatos a base de clavos, quiso demostrar que no era una zorra ante las uvas y entonces se transformó él también en superhombre, trazando vías de extrema dificultad y utilizando la técnica de la «cuerda en tijera». Y nunca se relajó, a pesar de los contratiempos inevitables de la edad: el verano pasado, incluso, volvió a escalar y siguió recorriendo todo Trentino y el Alto Adige en bicicleta o en motocicleta. Su primera subida –las angustias de aquella expedición se narran con gran viveza en su autobiografía, publicada recientemente y titulada *Mezzo secolo di alpinismo*<sup>[2]</sup>– fue el Catinaccio por la vía del canalón: tenía entonces diecisiete años. La misma vía del Catinaccio la volvió a hacer a los setenta y ocho<sup>[3]</sup>: fue su último encuentro con las cumbres.

Su rostro chato, todo surcado ya a esa edad por profundas arrugas, aquella máscara guasona y humanísima que asustaba a los chicos y fascinaba a los grandes, ha quedado inmóvil para siempre. Estamos seguros de que hasta ayer mismo, viendo cómo la muerte venía a su encuentro, compuso una de sus mefistofélicas sonrisas. Inteligente y agudo como era, habría pensado muchas veces en este momento fatal, pero no podía contradecirse: tal vez le pareció que ante él se levantaba de pronto la pared más terrible que hubiera visto jamás, toda llena de oscu-

ros extraplomos, de miles y miles de metros de altura. La pared que tenía destinada, a fin de cuentas. Y Piaz fue a su encuentro.

*Corriere d'Informazione,*  
7-8 de agosto de 1948.

## Tita Piaz

### Muere en una bicicleta el escalador de los Dolomitas

En el refugio que hay bajo las Torres de Vajolet Tita Piaz, vieja gloria, sacó de un trastero unas cuerdas suyas, antiguas, todas enredadas. La hija salía de la cocina cargada con dos soperas.

–¿Así que mañana vas a escalar? –le preguntó.

Él se detuvo y la miró de soslayo, como cuando estaba a punto de montar en cólera.

–¿Y a dónde quieres ir? ¿No ibas a subir a la *croda*? ¿No me habías dicho que ibas a subir a la Winkler con el profesor?

–¿Y si así fuera? ¿Qué es lo que no encaja?

–Figúrate: como para discutir contigo...

–¿Y eso? ¿Qué quieres decir? ¿Que estoy loco? ¿Que tendría que dejarlo? ¿Que a los sesenta y ocho años ha llegado ya la hora de estar quieto? Ya lo sé. Vosotros... no es la primera vez que tengo que oír estos respuestas. ¡Un cadáver, eso es lo que soy!

Se calentaba aún más. Al otro lado, al oír sus gritos, los turistas habían dejado de hablar. La hija salió con las soperas.

–¡Malditas cuerdas!

Ahora la tomaba con las cuerdas, que se habían enredado una con otra. Cambió de idea, las tiró en un rincón, cogió una gruesa podadera y salió a la calle.

Corrió hacia los taludes. Oyó que alguien le llamaba pero ni siquiera se giró a mirar. Pensaba bajar al bosque a cortar una rama: hacía tiempo ya que la mesa de la cocina necesitaba una pata nueva.

Pero ¿no era aquella una excusa ridícula? ¿La verdad no era, en el fondo, que necesitaba estar solo? ¡Y pensar que al día siguiente iba a ser una jornada extraordinaria, de la que hablarían hasta los periódicos! ¿No estaba emocionado?

Unos meses antes había escrito a B., el profesor, viejo alpinista y amigo, más o menos de su misma edad, diciendo: «Tengo que informarte de que físicamente me encuentro de maravilla y espero ser cabeza de cordada en la subida a las Torres hasta los ochenta años, así que me quedan doce todavía. El verano próximo se cumplirán mis bodas de oro con la Torre de Winkler. Un día, en verano, tendrías que venir a mi casa. Daríamos los dos, veteranos de un pasado radiante, una prueba última y definitiva del valor de antaño. ¿Te falla la ambición? ¿Qué te parecería que hiciéramos juntos las Torres al claro de la luna, con ciento cuarenta años a la chepa?».

Eso le había escrito. Y el profesor B. se tenía que reunir con él aquella misma tarde. Esa noche saldrían del refugio tras ponerse el sol y escalarían las tres Torres bajo la luna.

En ello pensaba mientras saltaba de piedra en piedra, en las profundidades del cañón. La cabeza le ardía al sol. Se pasó por ella una mano y sintió los cabellos hirsutos y calientes. Empezaba a hacer calor.

Se detuvo. Allá arriba hablaba alguien. Era un grupo de cuatro o cinco jóvenes que subían por el camino de herradura. Había una muchacha en traje de baño. Se le veían las piernas quemadas por el sol, pero a aquella distancia no distinguía su rostro.

¡Bajo la luna! Aunque subieran de día, habría sido lo mismo, ¿no? El profesor B. era viejo y había vivido siempre en la ciudad: de ninguna manera podía tener ni el aguante ni la fuerza que tenía él, Tita Piaz. Y tener que andar tirando de él de noche, por aquellos caminos helados, y con el tiempo tan inseguro... ¿no era una imprudencia? Nada, era mejor subir de día. Pero ¿era el profesor el que le preocupaba realmente? ¿O era una especie de miedo lo que sentía?

Se detuvo de nuevo. Contempló su propia sombra sobre las rocas blancas. Siempre la misma, sí. ¿No era, a fin de cuentas, la misma silueta de treinta o cuarenta años atrás? Del bosque, ya cercano, llegó un sonido: un silbido quedo, en sordina, como una señal. Miró a su alrededor, pero todo estaba en calma.

¿Miedo, él? Ni del demonio. Pero mejor ir con sol, porque es mucho más animado. Pasan lentamente, hacia el sur, las nubes altas y blancas, solitarias: nubes de buen tiempo. Un golpe de viento produce un ruido especial en el canalón, como un suspiro.

Desde ese punto la Torre Winkler se ve de perfil, bellísima. ¿Cuántas veces la habrá escalado? ¿Quinientas, seiscientas? No hay nada en el mundo que sea más «suyo», ni siquiera sus hijos, ni siquiera su casa.

Se sacude, reanuda el descenso, ha llegado ya a las primeras praderas, donde acaba el bosque. Y entonces, otro silbido: breve, sordo, como de advertencia. No, las marmotas no silban así; además, por ese lado no hay marmotas. De pronto le parece que algo se mueve tras él, en lo alto, lo ve por el rabillo del ojo. Nada. Una ilusión óptica: al cambiar de posición las nubes parece que también las cimas se mueven. Por un momento le había parecido incluso que la Torre Winkler caminaba. ¡Qué colores tan curiosos tiene! Se ha vuelto clara, casi lívida. Pero qué raro: le había parecido que se movía.